

Territorios y tipos ideales: la incidencia del centralismo eurocéntrico en la narración de tipos humanos y territorios en Joaquín Díaz Garcés

Territories and ideal types: the impact of eurocentric centralism on the narrative of human types and territories in Joaquín Díaz Garcés

Miguel Alvarado Borgoño¹
Cecilia Carolina Suazo²

RESUMEN

El artículo analiza la obra del chileno Joaquín Díaz Garcés —alcalde, político, periodista y cuentista del siglo XX—, enfocándose en su representación de tipos humanos y su vínculo con los territorios. A través de una narrativa influida por el naturalismo, Díaz Garcés construye arquetipos sociales del Chile urbano y rural de la época, reflejando prácticas, migraciones y tensiones territoriales. Su mirada, anclada en el centralismo, articula una visión político-cultural que define sujetos sociales y sus formas de asentamiento. Desde la élite periodística, proyecta una geografía de la otredad, exaltando al dueño de fundo y marginando al afuerino. Su obra no solo retrata, sino que moldea relaciones de poder al asociar identidad y territorio, articulando un discurso de dominación simbólica en medio de la modernización y la crisis del latifundio.

Palabras clave: Territorios y política, Tipos ideales, Joaquín Díaz Garcés.

ABSTRACT

The article analyzes the work of the Chilean Joaquín Díaz Garcés — mayor, politician, journalist and 20th-century storyteller — focusing on his representation of human types and their link to the land. Through a narrative influenced by naturalism, Díaz Garcés constructs social archetypes of urban and rural Chile at the time, reflecting practices, migrations and territorial tensions. His gaze, anchored in centralism, articulates a political-cultural vision that defines social subjects and their forms of settlement. From the journalistic elite, he projects a geography of otherness, exalting the landowner and marginalizing the outsider. His work not only portrays but also shapes power relations by associating identity and territory, articulating a discourse of symbolic domination in the midst of modernization and the crisis of the latifundia.

Key words: Territories and politics, Ideal types, Joaquín Díaz Garcés.

Recibido: 15/10/2022 Aceptado: 28/06/2023

¹ Antropólogo, Sociólogo y Doctor en Ciencias Humanas, Postdoctorado. Académico del Departamento de Ciencias Sociales. Universidad del Bío Bío. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1563-4108> Correo: malvarado@ubio.bio.cl

² Licenciada en Trabajo Social. Universidad del Bío Bío ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-0924-6463>. Correo: cecilia.suazo2001@alumnos.ubio.bio.cl

1. INTRODUCCIÓN

Jorge Luis Borges decía que el único mapa fidedigno era aquel que tenía una dimensión equivalente a la del territorio que representaba, y esta metáfora exacerbada y por supuesto llena de poesía nos lleva a un hecho concreto: no existe ninguna representación científica bajo la forma y un mapa plano, croquis, imagen computacional, o algún bosquejo parecido, que realmente represente toda la sinuosidad de un territorio y de los estilos de vida que conlleva. En este ensayo asumiremos a Joaquín Díaz Garcés como el constructor de un tipo de mapa del Chile de principios del pasado siglo, que dio cuenta tanto de una territorialidad, como de las relaciones ecológico-culturales que se daban en esas territorialidades, puntualmente la del campo chileno de principio del siglo 20 y la de los sectores populares urbanos de ese mismo periodo en Santiago de Chile.

Su intención no fue ni siquiera hacer literatura se trató de un alcalde de Santiago que además desarrollaba labores de periodistas siendo el iniciador del Diario el Mercurio en la ciudad de Santiago, y que representaba a una visión de la realidad que en el contexto del primer Centenario quería estructurar una visión de los territorios y actores de los sectores populares chilenos. Esto asociado a la crisis de la polis-oligárquica, a la migración campo ciudad y a la aparición de contingentes de desheredados que no poseían necesariamente un territorio físico, sino que eran trashumantes (*afuerinos*) que vagaban en búsqueda de su sustento.

Todo lo anterior permite afirmar que Joaquín Díaz Garcés, en su doble rol de edil y periodista, desarrolló una forma de narración con alto impacto en la configuración de la territorialidad y de las pautas de asentamiento en Chile. Su obra contribuyó a perfilar la manera en que las élites percibieron al mundo popular, moldeando su comprensión del *roto*, el *afuerino* y del habitante de los márgenes urbanos, entre otros tipos sociales.

No se trata únicamente de una narrativa literaria, sino fundamentalmente de un ejercicio de construcción simbólica, un mapeo mental en el que el foco se desplaza de los territorios físicos hacia los territorios culturales. En ese marco, adquieren especial relevancia las relaciones de subordinación como mecanismos de equilibrio y control social.

Para Díaz Garcés, el sujeto no solo habita un territorio: es también un producto de este, en tanto configura y es configurado por dinámicas de dominación.

Su mirada sobre el mundo popular no fue siempre laudatoria; al contrario, reconocía defectos que, aunque presentados con crítica, resultaron fundamentales para cimentar la percepción de la élite respecto a dichos sectores. En este sentido, puede considerarse a Díaz Garcés como un generador de arquetipos territoriales, en el sentido sociológico del tipo ideal: no como reflejo literal del mundo popular, sino como una representación que, en gran medida, definió la forma en que este fue imaginado por las clases dominantes durante buena parte del siglo XX.

De esta forma, la razón última de estudiar a un autor en particular, como es el caso de Joaquín Díaz Garcés, no responde a nuestro interés por su talento literario, sino a su influencia social en su visión del vínculo entre sujeto y territorio; nuestra meta es mostrar a nivel metodológico una problemática que es del mismo modo epistemológica y político-territorial. Se trata de indagar en la manera en que un autor representa unos intereses y valores, y los proyecta en el proceso de construcción de arquetipos definidos desde el centro político santiaguino chileno. Los cuales definirán la comprensión intercultural manifestada en los tipos humanos regional y santiaguinos, transculturándose para ello con las formas textuales eurocéntricas, y, con o sin conciencia de ello, definiendo en mucha medida el modo en que se organizarán las relaciones sociales de producción. En consecuencia, también los modos de distribución y uso de los territorio, en: lo rural, lo citadino marginal y en los núcleos de pobreza del Chile de la primera mitad del siglo.

La obra de Díaz Garcés es difícil de clasificar en una perspectiva contemporánea y aunque él mismo no se reconocía como escritor, es un autor fundamental en la historia cultural de Chile y de su historia política particular en uso que hace de la generación de estereotipos culturales y su ubicación en territorios socioculturales. Fue uno de esos autores que, a pesar de su corta vida tuvo una real influencia social; como periodista, edil y escritor. Que además definió la comprensión que la élite tendría de sí misma y de otros

segmentos sociales. Ayudó a organizar la visión de la persona y de los espacios que habitan, para con ello explicar el mundo que les toca vivir en medio de la crisis del latifundio y la aparición de la menguada industrialización del Chile de la primera mitad del siglo XX.

Joaquín Díaz Garcés (Ángel Pino¹) (1877-1921) no podía ser menos que un esteta muy preocupado de los espacios y los individuos, en la relación entre ambas dimensiones, que renunció a titularse de abogado, aunque no a mirar territorios y actores. Fue crítico de arte, Alcalde de Santiago, y por sobre todo un *escribidor*² en el sentido que Barthes le da al término, es decir alguien que se expresa en el oficio de la escritura, pero que no puede ser definido propiamente como un escritor, ya que en su metalengua rechaza esta denominación:

Así como a nadie se le ocurre confundir al monaguillo que enciende las luces del templo, abre las puertas para que entren los fieles a orar y coloca los brazos sagrados sobre el ara; con el levita que oficia en los altares, predica desde el público o reza la encendida plegaria desde el coro: he creído siempre que no debe confundirse a los periodistas que impulsamos los diarios, estos rápidos vehículos de la idea, de la información y la propaganda, con el hombre de letras que en intensa jestación³ estudia las almas y sabe conmoverlas (Días Garces, 1906, p.6).

Este autor es alguien que practica sistemáticamente la escritura y que coquetea con ser un escribidor o escribiente, pero para señalar los fundamental de los actores que habitan lugares concretos. Pero, ante todo, es un agitador muy sagaz que opera en el plano de la subjetividad y en el mayor sigilo. Su influencia social fue inmensa, pero justamente desde la aparente no pretensión de grandilocuencia, no se trata de un autor menor, sino un intento de llegar a ámbitos cada vez más masivos. Pero, como veremos, siempre fiel a una ideología de clase de tipo mesocrática, que tendía a la legitimidad del orden social existente en el Chile de precios del siglo XIX, donde ante todo el sujeto debía ser útil en su territorio, y si no encontrar su lugar pertinente.

¹ Era el nombre de un conductor de tranvía con el cual conversaba frecuentemente

² Roland Barthes propuso distinguir entre escritores y escribientes o escribidores (*écrivains, écrivants*) a partir de un hecho diferencial: considerar que la escritura es un instrumento en manos de un sujeto que sabe lo que va a decir, o es un medio (un *milieu*) al cual el escritor accede en plan de explorador. En clave de saber, el escritor ignora lo que está diciendo, en tanto el escribiente lo sabe de antemano. El utilaje es el mismo, la lengua –mejor dicho: la competencia lingüística de cada uno, lo que cada uno domina del tesoro lingüístico–, pero el funcionamiento difiere en uno y otro modelo. Véase: Roland Barthes, "De la ciencia a la literatura" (1967), *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1987, p. 17.

³ En lo sucesivo se conservará la ortografía de principios del siglo XX para Latinoamérica en el uso de la lengua castellana.

Edil y periodista, es uno de los nombres fundamentales en el desarrollo del periodismo moderno en Chile y del mismo modo de la planificación de la caótica organización urbana en Santiago de Chile de su época. Dueño de una pluma ágil y punzante, combinó la labor creativa con la vida pública. En este segundo aspecto, en las primeras décadas de nuestro siglo, dio cuenta de la migración de campos a ciudades y de la conformación tanto de los cinturones de miseria como de los núcleos internos pauperizados en Santiago. En lo escritural se preocupó de los estilos de vida y su localización en territorios y fue en función de ello uno de los principales exponentes del estilo costumbrista;⁴ ofició también como Director de la Escuela de Artes y Oficios, como Regidor y Alcalde de Santiago, desgraciadamente no alcanzó a vivir 44 años, pero representa un modelo de productividad tanto escritural como en su actividad pública apelando a la relación entre los sujetos sociales que se iban conformado con los espacios que ocupaban.

También fue diplomático en las representaciones de Chile en Bélgica e Italia, ello guardaba una directa relación con su gusto y conocimiento respecto de la plástica, siendo uno de los primeros críticos de arte que pueden ser considerados como tales a principios del siglo XX en Chile. En esto vemos polaridades que hacen interesante su figura; por un lado es un hombre público y por otro un prodigo artístico y ello resultó en una simbiosis altamente eficiente, para desde su labor política y periodística conformar visiones de los actores sociales populares, visiones discutibles, pero que repercutieron en la élite del siglo XX respecto del mundo popular en Chile, por una parte fue un estilista del de la escritura, especialmente como agitador eficiente desde la crónica periodística, quizás su marca mayor que reúne esta polaridad es ser un estilista donde la plástica en cuanto crítico de arte y las letras en tanto profesional de la pluma, pero su mirada es también un modo de definir otras miradas y por tanto fue un modo de definir a la sociedad y los vínculos entre sus miembros. Miró los territorios desde una perspectiva estética pero siempre centrado en la dialéctica entre sujeto y espacio.

2. DESARROLLO

⁴ Véase: memoria chilena DIBAM. <https://tinyurl.com/4nrzkkd>

2.1. Definir unos modos de mirar: un modo de ver sujeto y territorio

Como botón de muestra para dar cuenta de su metalengua (Mignolo, 1986), Es sorprendente, un tanto al menos, no encontrar ni en Joaquín Díaz Garcés ningún artículo de opinión, o al menos una referencia a la Matanza de la Escuela Santa María de Iquique, ello porque, más allá del número de muertos de lo cual se discute, como hoy se discute sobre el número de víctimas de la dictadura de Pinochet, Santa María fue una masacre descomunal y Díaz Garcés no era ajeno ni renuente a las polémicas políticas (Por ej. con Alessandri Palma⁵).

Díaz Garcés se planteó frente a estos hechos con un enorme silencio, un silencio lleno de opacidad tenía una actitud observadora frente a los sujetos populares, pero no ahorraba críticas. Se trata de un gran esteta que habló de lo bello, un humorista que habló de la comicidad; pero también que estéticamente ocultó por medio de analogías que daban lugar a tipos ideales que podían permitir el olvido o el sortear lo horroroso. Su visión de la pobreza es siempre naturalista, con poca empatía frente al sufrimiento que la pobreza involucra, y los territorios son ante todo aquello que el sujeto *merece* y frente al cual cabe la promoción distante y no paternalista, para él el sujeto construye en gran medida su territorio y sus carencias:

Las piezas del segundo patio se llamaban despectivamente “cuartos” y valían entre cinco y siete pesos, según estuvieran más cerca o más lejos del pasadizo que comunicaba con el primero. Allí se lavaba al aire libre, se injuriaba en voz alta y se hacían muchas cosas que no permitían una atmósfera respirable y limpia. (Díaz-Garcés, 1907, p.146).

No alcanzó la estética de Díaz Garcés para dar cuenta de estos hechos, naturalizó la opresión en el acceso a los territorios tanto urbanos propio de los conventillos como de otros que expresaban la vida en la ciudad inhóspita del Santiago de principios del siglo XX, en la lógica de funcionamiento de la analogía histórica que da lugar a unas determinadas relaciones de poder, su

⁵ El 20 de abril de 1920 dirige su carta de renuncia a don Guillermo Pérez de Arce, director de “El Mercurio”. Las razones esgrimidas se resumen, según sus palabras, en “una divergencia de criterio sobre la acción de la prensa independiente”. En verdad, se trató de una página contratada en el diario por el grupo que apoyaba a Arturo Alessandri, la que apareció como espacio de la Alianza Liberal. Díaz Garcés sintió la imposibilidad de continuar a cargo de la redacción de un diario que había cambiado, en su opinión, de coherencia periodística. Publicó artículos en “La Nación” y, sobre todo, en “El Diario Ilustrado” hasta poco antes de su fallecimiento.

argumentación no posee un orden lógico positivo en términos de relación causa efecto, o más bien tienen una vinculación entre sus partes, que no son causa y efecto de manera precisa: son relaciones indeterminadas pero operantes el sujeto habita el territorio que por causa del destino le confirió y es su responsabilidad el modo en que desarrolla estrategias de asentamiento y las consecuencias negativas que estas puedan conllevar.

Como otros autores Latinoamericanos de esa época Dios Garcés apela al recurso estético como mecanismo de comprensión intercultural en un ejercicio dialógico producto del cual el *pobre* y el *indio* en abstracto pasan a configurarse en imágenes estilistas a las cuales se menciona como mecanismo de legitimación de las transformaciones modernizantes del orden social y de la precarización en el acceso a los territorios; ello para elaborar lo que Weber llamó tipo ideal; Según Weber, un *tipo ideal* (*Idealtypus*, en alemán) es una construcción mental (o *Gedankenbild*) que tiene "el carácter de una utopía en sí, que es obtenida a partir de la exageración mental de determinados elementos de la realidad". Tal construcción no debe implicar una contradicción lógica, pero "no corresponde al mundo real" generalmente descalificó, pero las circunstancias espaciales y territoriales eran par él sinos con los que se debía vivir y no un producto de ocupación o usufructo injusto de los espacios.

En Díaz Garcés, como en otros autores de la década del diez del pasado siglo, todo se hace por el indio o el pueblo en beneficio de su promoción, para ello el pasado es embellecido y el bárbaro pasa a ser el *ingenuo salvaje*, bello tan sólo por su misma ingenuidad. La nueva mitología se construye por lo tanto sobre la base de sujetos elaborados escénicamente como dignos y sufrientes, habitante d espacios que no involucran un injusto acceso a los territorios olvidándose al sujeto cultural concreto, con sus grandes y contradicciones.

Es esta élite, a la cual Díaz Garcés representa, la que requiere de un concepto de cultura, capaz de dar cuenta del "otro" en sus diferencias sustanciales, es así como en la élite política y literaria la que desde la corriente romántica latinoamericana elabora un concepto de cultura aún antes que las ciencias sociales aportaran con lo suyo.

Posteriormente es la ciencia social, aplicada tanto en el indigenismo como en el desarrollismo, la heredera de este concepto, el cual sobre una cáscara racionalista esconde la idealización estéticamente fundamentada que se aparta de los sujetos culturales concretos, para crear valores en torno a la praxis social edificados sobre la base de una ética auto-referida en beneficio de la belleza de un actuar y un pensar, definida desde el prisma de esa élite y en función del destino profético que la élite quisiese darle a nuestro continente. Los espacios son hechos naturales y los territorios solo obras del destino, los que dado el caso se debían sufrir estoicamente.

Por lo anterior afirmamos que el liberal-romanticismo crea en Latinoamérica un concepto de cultura antes de que lo hiciese la ciencia antropológica, lo cual determinó una autocomprendión tanto con respecto a los efectos del proyecto ecuménico del Barroco como del Racional Iluminismo, sellándose así un tipo de legitimación estética del poder de esa élite, legitimación que por su especificidad asume los territorios como espacios naturales, que en la visión de nuestro autor por lo general no son adecuadamente aprovechados por los actores pobres..

Lo anterior se evidencia, por una parte, en el indigenismo de la primera mitad del siglo XX, fundamentado en una apelación estética, lo cual fue positivo como recuperación de lo indígena pero negativa como caricaturización de este como alguien que habita sin optimizar lo que los territorios puedan aportar, y por otra en las numerosas transformaciones en la percepción del sujeto popular desde la idea de chusma, sujeto de redención a pueblo actor de su liberación. Pero el pueblo en lo concreto es obtuso, en la mirada de Díaz Garcés, alguien que debe ser domesticado hasta por el mínimo propietario, le adjudica cierta torpeza consustancial:

Don Pedro Godoy, con cuyas anécdotas y frases chispeantes podría ya formarse un libro, comprobó después de una larga lista y dolorosa experiencia, que despedir a un sirviente y llamar a otro en su lugar, no significaba otra cosa que un cambio de nombres. Y así después de un interminable desfile de sirvientes malos, ladrones unos, flojos otros, enamorados en exceso los más, y borrachos todos, resolvió poner en práctica un sistema de su invención. Llamó al mozo al mozo a su escritorio y le dijo: ¿Cómo te llamas? Manuel Arratia. Está bien. Tú Arratia eres un bribón, porque cada vez que dejo dinero sobre esta mesa te la robas. Además, te has puesto a escribir tus cartas amorosas sobre mi papel, lo que es una insolencia. Toma esa que está

principiada: mi querida china, ¿quién es ésa? Además, eres borracho, ahora mismo apuestas a aguardiente. Además, no te lavas ni te bañas jamás; no quiero profundizar este capítulo. Además, eres de una estupidez perfecta, porque el frasco de goma me lo has dejado boca abajo. Además, eres sordo, porque ayer te pedí una tetera y me trajiste una escalera y por no gritar más me quedé con la escalera en la pieza. Bien; ahora te vas, es decir, se va Manuel Arratia, ladrón, insolente, borracho, estúpido y sordo; y desde hoy te llamarás Matías Delgado, que es como si fuera otra persona, ¿entiendes? Honrado, sumiso, sin vicios, inteligente y de buen oído. ¡Vamos, Matías, a trabajar! Y cuenta el general que ese mismo día le dijo: ¡Saca eso!, señalándole con el dedo una basura, y Matías le tomó el dedo...para sacárselo. (Díaz Garcés, 2004, p.16).

Él crea las categorías de campesino, obrero, burócrata de menor categoría, militar, religioso, etc. Altamente influyentes en el sentido común y en la élite de su época, pero justamente la lógica de esta analogía es dotar de características que pueden ser contradictorias, pero que le dan identidad, siempre en la lógica del poder: cada caracterización es un minúsculo modo de soportar las contradicciones de un tipo social o de la relación entre tipos sociales distintos; pero no se trata solo de indudable enfrentamiento entre las clases sino del poder que deambula, debelándose y ocultándose, en un lenguaje que es en sí un espacio abierto de significaciones, pero de cuyo significante están posicionados los sujetos dominantes que elaboran esta caracterización estética. Justamente desde esa apertura significadora, sea o no una ficción, está dado que se realice el acto de obviar o de resaltar, según sea el caso de las necesidades del orden discursivo, el poderoso, el acaudalado, es quien mejor ocupa el territorio y desde allí define su liderazgo y su merecimiento moral y su poder político.

Había muerto el dueño del fundo de La quebrada, el bueno el excelente, el santo Viejo Ignacio García (Díaz Garcés, 1907, p.16).

A través del tiempo en Chile, muchas veces se ha realizado una lectura ideologizada, parcial e intencionada de la obra de autores como Díaz Garcés, lo que ha implicado que se ignore su labor como autor de textos fundantes de nuestra literatura, generando una visión identitaria y por tanto de una autocomprendión en la literatura ensayística, asumido esta como género literario, por medio de un tipo ensayismo que podríamos caracterizar asimismo como profundo y del mismo modo de agitación; siendo dejada de lado esta producción teórica por parte de la academia, mientras es rescatada

por grupos políticos más conservadores o fascistas, que la han utilizado como estructura argumental en la proposición de políticas públicas en lo que a temas des uso de los territorios como en lo que respecta a migración, género, identidad local, entre otros.

Es necesario destacar la conexión que establecemos entre literatura nacional de principios del siglo XX y *ensayística de agitación*. Ello particularmente en el impulso entregado a la generación del año de 1910, la llamada generación del centenario, que contó con autores, de los cuales el más destacado es Francisco Antonio Encina, línea de pensamiento que fue continuada por: Guillermo Subercaseaux, Tancredo Pinochet, Alberto Edwards, Luis Galdames, Alejandro Venegas Arollo, entre otros. Teniendo su antecedente en el siglo XIX con la obra de autores como: José Victorino Lastarria, Vicente Pérez Rosales, Diego Barros Arana, Luis Orrego Luco y Moisés Poblete; y a su vez proyectándose esta generación en las décadas posteriores en autores como: Joaquín Edwards Bello, Darío Salas, Tomás Guevara, Alberto Cabero, Ricardo Latcham, Fausto Valdés Vergara, Luis Thayer Ojeda, Carlos Keller, Jorge González Von Mareés y Ricardo Donoso. Todos ellos con una poderosa injerencia política y que definieron el modo en que se visualizaron y ocuparon los territorios en nuestro país, tanto a nivel cultural como geopolítico.

No es un dato menor que Joaquín Díaz Garcés fue uno de los fundadores del Mercurio de Santiago, como ya hemos dicho, fue periodista, pero también escritor, quizás uno de los primeros cuentistas chilenos, cuando autores como él hacían crónicas o escribían cuentos sobre el *Chile profundo*, en verdad hablaban de los latifundistas y sus buenas maneras, no hablaban de los que dejaban el alma en minas, fábricas insipiente y conventillos, ni tampoco hablaban de los antepasados rurales siervos de la gleba. Historiadores como Gabriel Salazar o Sergio Gres, afirman que allí en estos antepasados olvidados está el germen de las organizaciones populares contemporáneas.

Para Díaz Garcés, para él el sujeto popular urbano o rural es un buen salvaje que está por domesticar, los arrendatarios y habitantes de conventillos y casas, los obreros y campesinos, eran o hilarantes dementes que servían

solo a algunos valores de la civilización u honestos lacayos de un sistema agrario patriarcal, hijos de un territorio definido por la certidumbre. Su escritura es muy distinta de la que fueron las obras de los Nicomedes Guzmán, los González Vera, los Manuel Rojas, los Baldomero Lillo, quienes arribados por el soplo naturalista y realista de la literatura europea se transculturaron en un sentido crítico en su literatura, y comenzaron a dar vida a esa cosmovisión que trataron de quemar los militares cuando hacían hogueras con todo lo que oliera a marxismo o subversión luego de su golpe.

No es menor la importancia de caracterizar el proceso de construcción de un tipo ideal, se trata de un modelo abstracto, elástico y de una resonancia que se inicia en algún girón estético y del mimo modo material y ecocultural; esta resonancia vibra en el contexto del actor hasta convertirse casi en un atributo cognitivo que permite la comprensión tanto de su vida mental como material, pero esta comprensión es siempre una apuesta, una posibilidad para confiar en la existencia de la comunicación y de la compresión de los modos de estructurar materialmente estilos de vida en territorios dados.

2.2. Del contexto: crisis del contexto territorial latifundista

Las primeras décadas del siglo XX tienen como factores fundamentales y definitorios la crisis del latifundio tradicional y los intentos de desarrollo, que ven como indispensables, al menos en la mente de las élites de izquierda, centro y derecha, la necesidad de generar un cambio sociocultural.

Las primeras revueltas de los universitarios argentinos, las represiones al naciente movimiento obrero, el surgimiento del catolicismo social y el vuelco hacia el centro político por parte de la masonería, son todos fenómenos que apuntan a la intención del proletariado naciente y de las clases medias por lograr el cambio social. El modelo está muy a la vista, los países desarrollados están en el norte de aquello que Franz Hinkelammert denominó *ideologías del desarrollo* (Hinkelammert, 2008), las que abogan siempre por la modificación de la estructura de la sociedad desde un nuevo modo de habitar el mundo a nivel dialécticamente material e ideal.

No obstante, ¿cómo se ve esto unido con la reivindicación de la especificidad histórica y de las identidades étnicas y culturales? Ambos cometidos se funden en un intento de matriz iluminista de generar cambio cultural al alero del cambio socioeconómico. Es así como las élites políticas y culturales coinciden desde la década del 30 en su intención de reconocer los rasgos de la identidad cultural latinoamericana, para luego discernir aquellos rasgos que determinarán que el desarrollo sea o no alcanzado. En este sentido, estamos frente a un intento iluminista que ideológicamente se define desde el concepto de desarrollo y económicamente se conforma desde un modelo de industrialización fuerte y protegido. Este proceso tiene quizás su expresión más radical en la masificación de la educación, la que aumenta extraordinariamente en su alcance en los niveles básico, medio y universitario en la primera mitad del siglo XX. No obstante, esa misma masificación del sistema educacional, que en la década de los 60 se radicaliza aún más, va a dejar al desnudo la paradoja de que el aumento de la escolaridad no se corresponde con los puestos de trabajo disponibles para estos escolarizados. Esta contradicción resulta un fuerte revés para las pretensiones hegemónicas de los estratos medios, ya que la educación deja de ser un mecanismo seguro de ascenso social e incluso no asegura la reproducción de los segmentos de clase.

2.3. Una transculturación muy funcional

No toda transculturación es beneficiosa, no toda occidentalización o europeización es para mejor, o más bien siempre en la transculturación hay una perdida que no se recupera, por parte de la cultura que recibe. Díaz Garcés amo hasta el espejismo la cultura de la élite y especialmente el arte europeo, y cuando habló de nuestra especificidad cultural lo hizo desde una transculturación que tenía a cerrar tipos ideales abstractos y sometidos al proceso de europeización, idolatraba la plástica europea y veía en los sujetos populares el folk del romanticismo europeo, ello definió su proceso de construcción de tipos ideales, ello olvidando en ocasiones el contexto territorial donde el actor operaba. Díaz Garcés se transcultural con el arte europeo, principalmente con el naturalismo, pero lo que en Zola llevó a la denuncia a él lo condujo a la transculturación del observador aséptico.

Cuando hablamos de transculturación literaria y recurrimos al acervo teórico que va desde los aportes de Renato Ortiz hasta Ángel Rama, es frecuente olvidar que no nos situamos estrictamente en el marco de una teoría literaria ni de una teoría del texto. En realidad, operamos desde un concepto de cultura con fuertes resonancias ecológicas y sociales. Esta perspectiva, sin embargo, tiende a invisibilizar las limitaciones inherentes al propio concepto de cultura, desde sus orígenes con un enfoque evolucionista y, más adelante, funcionalista, hasta su apropiación por las ideologías del relativismo cultural.

El concepto de cultura, tan antiguo como la antropología misma, remite al célebre aporte de Edward B. Tylor a finales del siglo XIX, quien la definió como "todo aquello que hace el individuo en tanto forma parte de una sociedad". Desde entonces, el término ha transitado por una amplia gama de interpretaciones, desde el relativismo cultural hasta las crisis interpretativas asociadas a las teorías del desarrollo en contextos de dependencia estructural. En este tránsito, el uso contemporáneo del término a menudo oscila entre una noción crítica y un cierto diletantismo conceptual que debilita su potencial explicativo.

Su transculturación hace a Díaz Garcés despreciar al peonaje cercano a lo natural y por tanto rural, y lejano a lo eurocentrado:

Bueno, párate un poco y déjame pitar un cigarro. Hay tiempo...El peón se paró. O era admiración o era miedo; pero el asesino quedó dudando. (Díaz Garcés, 1907, p.371).

Toda uso del concepto de transculturación proviene del uso del concepto de cultura y hoy el concepto de cultura es un significante flotantes, en cuya ambigüedad se esconden o solamente crisis interpretativas o el ocultamiento de la operación de las relaciones de dominación, quizás la acepción Gramsciana del concepto y su vínculo con las categorías de hegemonía y de intelectual sean la salvedad respecto del uso ilimitado del concepto, y bien se cuidó la Escuela de Frankfurt de entenderlo en su dialéctica con el contexto material y por tanto territorial, renunciando al esencialismo culturalista, el que no obstante nutre a muchas de las formas de uso de la teoría de la transculturación, ello en búsqueda de un esencialismo

originario queriendo subsistir a los conceptos de sociedad, pueblo, espiritualidad entre otros.

Para dar cuanta del fundamento de un grupo social que desarrolla una producción verbo simbólica, rescatar lo que sobrevive de la transculturación ha resultado muchas veces en un esencialismo que desconoce la dialéctica entre naturaleza y cultura, la operación de las fuerzas productivas, y por sobre todo el cambio cultural; pero quizás el peligro mayor consiste en no asumir que la comunicación, el sincretismo o simplemente el diálogo multicultural son preceptos metafísicos: no siempre nos comunicamos, no siempre se produce la mezcla no siempre la transculturación es posible. Díaz Garcés es un sujeto trasculturado, visitante de los museos europeos, diplomático, pero periodista consciente de su capacidad para definir la visión de mundo en la visión que se estructura desde el periodismo como género discursivo, manteniendo sus opiniones paternalistas respecto del sujeto popular, que son laudatorias y del mismo modo descalificadorias. Así para referirse a la chicha, no hay un problema en el consumo del alcohol pues él es visto como un rasgo consustancial de la chusma:

Todos se miran, se sonríen. ¡Ha llegado! ¿Quién? Ella. Ha llegado y la pasearán en triunfo como se ha paseado en París a la belleza en noches de carnaval. Ha llegado; y hombres, mujeres, niños, soldados, peones, se agrupan a su lado, con el vaso en la mano. Es la amiga de todos; habla en un lenguaje que todos entienden; llega hasta las venas como si entrara al cuerpo otra alma; dilata las pupilas y las alumbría; pone alas en los pies e ilumina el cerebro. (Díaz Garcés, 1907, p.127).

2.4. Una estética del delineamiento en territorios muchas veces opacos

En los tiempos de la escritura de Díaz Garcés la "humildad" era un atributo indispensable para el peón de fundo, se desconfiaba del afuerino, alguien sin territorio ni hogar, pues al vender su fuerza de trabajo de manera libre rompe con la lógica de dependencia y sumisión propia del fundo.

Es así como durante los siglos XVII, XVIII y XIX se conforma un tipo de institución que va a tener, una importancia radical. Esta institución que recibe el nombre de "Hacienda Latinoamericana", es el ingenio azucarero en el Caribe, el latifundio argentino, el fundo chileno. La hacienda no es sólo una

unidad económica, sino que es también sistema con características bastante autónomas, desde el cual se edifica el mundo social y político colonial hasta prácticamente la primera mitad del siglo XX, poniéndose a la cabeza de este orden social una aristocracia terrateniente, que posee la capacidad de crear aquello que Morandé denomina la *Polis Oligárquica*.

Los indios trabajaban dócilmente, sin gran energía, pero además sin costo alguno para el propietario, que les permitía algunos animales en sus cierros. La avaricia de este no alcanzaba a hacerse sentir en la tierra, tan fecunda era y tan maternal para todos los que se aplicaran a servirla. (Díaz Gárces, 1969, p.138).

En las tesis del sociólogo Pedro Morandé, la crisis del modelo sostenido por la hacienda, es ante todo la crisis de la *Polis Oligárquica*, es decir, implica una transformación radical de la sociedad latinoamericana, que se origina en una transformación de las relaciones productivas y en la apropiación de los territorios, pero que también repercute en el ámbito de las expresiones sociales y simbólicas.

Esta crisis es el punto cumbre de la penetración del Proyecto de la Ilustración a América Latina, lo que trae consigo una crisis también en la consideración de la identidad cultural por parte de la élite dominante. Expresión radical de ésta es el rechazo sostenido por más de un siglo hacia nuestras formas populares (Morandé, 1986, p.59).

Estas formas culturales tienen su base en el contacto entre europeo e indígena, en tanto son el producto más excelsa del sincretismo que se genera en la conquista, y por lo tanto constituyen la síntesis del encuentro dialógico y también el lugar donde se expresa la tradición subyacente al mestizaje latinoamericano.

Díaz Gárces no es una cumbre de la literatura chilena y ello se observa al palpar la desconexión con los desarrollos extraordinarios de la literatura nacional desde la primera mitad del Siglo XX, en general la generación del año diez va a ser superada ampliamente por los literatos que pueden ser adscritos a las décadas posteriores en el siglo pasado.

Al observar el desarrollo de la literatura chilena de principios del siglo XX, sus figuras señeras son radicalmente distintas que las surgidas desde los veinte en adelante, no hay la declamación profética de un De Rokha, ni la

pericia de un Neruda, menos la resiliencia de un Mistral, menos aún la capacidad de innovación acrobática de un Huidobro, ¿qué tenemos?, son un conjunto de literatos que, a excepción de la literatura anarquista casi subterránea o el panfleto político al estilo de Luis Emilio Recabarren, rehúyen la declamación pero comienzan a pensar Chile: existe es una desazón frente a la realidad chilena, una leve suspicacia frente a la injusticia y un modo de no decir, pero también vemos una mudez frente a las responsabilidades de la clase dirigente.

Por ejemplo, en ninguno de ello, al igual que en Díaz Garcés, hay una real alarma frente a la matanza de la escuela Santa María de Iquique, con la digna excepción de Nicolás Palacios y sus cartas de denuncia a los periódicos frente a la magnitud de los hechos.

Muy distantes incluso del criollismo, el mismo Díaz Garcés parece aprobar el orden latifundista y su hegemonía en los territorios acompañado de una pequeña burguesía emergente, que aún no se posiciona como clase social, es una suerte de literatura naturalista que intenta hacer más reír que llorar, por ello que descuelga el genio de Francisano Antonio Encina quien invita a discutir sobre Chile desde datos que, aunque capciosos, son una opinión fundada.

Díaz Garcés es un autor patronal, sin ser el un patrón en estricto rigor, el uso ideal del espacio y la apropiación del territorio optima es la del latifundio y su patrón, él estetiza la política de la poli oligárquica por medio de un discurso en el cual el *buen patrón* es siempre el hombre bueno, identificando una cosa con la otra, el patrón suele ser en sus escritos la bondad y el orden, un ente ordenador de la vida y del habitar. Aborrece al afuerino como expresión de libertad opuesta al orden latifundista:

Y pensemos, finalmente, en el aventurero y nómada gañán que ha partido a pie, con el saco al hombro, para buscar trabajo y rizas en otras tierras. Pendenciero, provocador y soberbio, rodeado de enemigos que lo odian porque lo temen, se emborrachará una vez al mes en nombre de la patria y caerá a la vuelta de una esquina insultando al peruano, al argentino o al boliviano que le tocó el punto flaco de su patria. Esos son los ausentes, buenos unos, malos otros; pero chilenos todos, y por ende hermanos nuestros. A todos ellos llegue un eco de estas salvas, una racha de estas alegres brisas, un jirón tricolor de estas altivas banderas, un destello de esos ojos que

van por las calles como luminarias encendidas. (Díaz Garcés, 1969, p.364)

2.5. El desdén del campo como desprecio por el territorio de lo natural

En Díaz Garcés el campo es siempre aquello que representa el pasado, territorio de atraso y espacio que debe ser modificado, es el sitio de producción de alimentos y el lugar donde se veranea, nunca es un lugar idílico, más bien es parte de un pasado, un texto que muchos escolares chilenos de la segunda mitad del siglo XX algún ha vez leímos denominado No veraneo, era un libro propio de texto de estudio, un mordaz crítica la estilo de vida campesino, teñido por la ironía chistosa y también pro una forma solapada de despareció, ya que el campo encarna lo natural y lo natural es lo salvaje, y la modernidad es lo contrario del salvajismo.

¡Almuerzo de campo! me decía jovialmente mi amigo. Y yo temblaba, no por lo del almuerzo sino por lo del campo (...) Cada Cucharada de esa infusión me parecía plomo derretido (Díaz Garcés, 1907, p.371).

Vemos como una estrategia retórica fundamental descalificar el campo caracterizando estéticamente a este territorio, el campo es idílico como recuerdo y fecundo como fuente de recursos alimentarios, pero en lo sustancial es inferior a la ciudad, la ciudad es la consolidación, para Díaz Garcés y su generación, del progreso de la sociedad, la ciudad la civilización, por el contrario. Más allá de la estetización el campo significará siempre barbarie.

No es casualidad con el libro: *Facundo: barbarie y civilización*, del escritor y ex presidente de argentina Domingo Faustino Sarmiento, donde la barbarie viene del campo. Y el campo debe ser convertido y reconvertido. En el último capítulo de su libro Facundo, Domingo Faustino Sarmiento retoma su argumentación, defiende con más énfasis su argumento respecto a la oposición entre salvajismo y civilización. El presente es salvaje, por ello el futuro debe ser civilizado. Es en este capítulo donde la temporalidad más se dirige hacia el futuro, presentándonos el carácter de utopía abierta de su propuesta, siendo la condición de posibilidad aquella centrada esencialmente en la derrota de la naturaleza por parte de la cultura, lo que se lograría por

medio de la superación de los tipos humanos previamente descritos y particularmente del *gaucho malo*. (Alvarado Borgoño, 2000)

El campo parece representar ese pasado necesario, pero de la igual manera algo que debe ser superado, hay allí un orden social, pero del mismo modo un retraso respecto de las relaciones sociales citadinas, a excepción del patronazgo del dueño del fundo, forma aquí su estética respecto de la estructura social, ¿Qué es entonces el campo? La otredad más radical, el lugar de donde remotamente se proviene, pero del mismo modo algo que debe ser cambiado por medio de la modernización.

2.6. El pobre como sujeto irracional abandonado en un territorio

En ocasiones se trata del buen otras del mal salvaje, al parecer el buen salvaje es aquel que es funcional a las formas de la sociedad latifundista, con una clase media recién en sus inicios como sujeto poderoso de la acción social, el mal salvaje es el irracional que va contra la propiedad es la vieja idea del afuerino y del cuatrero, el asaltante de caminos y del delincuente urbano. Se vive en sus textos una algazara hasta de las licencias populares, pero que barbariza a ese mismo sujeto que desea elogiar:

Todos se miran, se sonríen. ¡Ha llegado! ¿Quién? Ella. Ha llegado y la pasearán en triunfo como se ha paseado en París a la belleza en noches de carnaval. Ha llegado; y hombres, mujeres, niños, soldados, peones, se agrupan a su lado, con el vaso en la mano. Es la amiga de todos; habla en un lenguaje que todos entienden; llega hasta las venas como si entrara al cuerpo otra alma; dilata las pupilas y las alumbría; pone alas en los pies e ilumina el cerebro. Se ha logrado llevar a las batallas el charqui y los frijoles condensados. El día en que se pueda llevar toda la producción de chicha de nuestras viñas concretada en pequeñas tabletas en el bagaje del ejército... iamararse los pantalones, amigos y vecinos del norte y del este! (Díaz Garcés, 1907, p.126).

Evidentemente estamos hablando de un canon burgués formal, lo otro, sin desconocer su valor, es considerado como los salvajemente bello:

Otros han caído con majestad, con heroísmo, con firmeza; Estai tenía que morir como era: a lo bruto". (Díaz Garcés, 1907, p.45).

En el juego dialéctico entre naturaleza cultura, se le suele dar al sujeto pobre o el carácter de canalla, o el de servicial siervo que proporciona un amor justo, o el de canalla irracional por su misma maldad. Fenómenos como

la *lira popular*, las novelas urbanas del submundo del hampa, etc. no son consideradas pues no alcanzan un ámbito pragmático de recepción que asuman su valor: hay una literatura de los territorios y sus formas culturales que comenzó como marginal, pero terminó canonizándose, es el caso de la escritura anarquista de Manuel Rojas o González Vera.

La estetización es sin duda un *asalto a la razón* como dijere Lukács (1987): más que politizar la estética se trata aquí de un estetizar la política y eso va en contra del logos occidental y es muy coherente para una era que, aunque sea en el lejano Chile, lo real ya no es racional.

Neira era el capataz del fundo de Los Sauces, extensa propiedad del sur, con grandes pertenencias de cerro y no escasa dotación de cuadras planas. Cincuenta años de activísima existencia de trabajo, no habían podido marcar en él otra huella que una leve inclinación de las espaldas y algunas canas en el abundante pelo negro de su cabeza. Ni bigotes, ni patillas usaba ño Neira, como es costumbre en la gente de campo, mostrando su rostro despejado un gesto de decisión y de franqueza, que le hacía especialmente simpático. Soldado del Valdivia en la revolución del 51, y sargento del Buin en la guerra del 79, el capataz Neira tenía un golpe de sable en la nuca y tras balazos en el cuerpo. Alto, desmedidamente alto, ancho de espaldas, a pesar de su inclinación y de las curvas de sus piernas amoldadas al caballo, podía pasar Neira por un hermoso y escultural modelo de fuerza y de vigor. (Díaz Garcés, 1907, p.115).

2.7. La lucha contra el afuerino como sujeto sin territorio y por ello sin identidad

Hay un enorme miedo a la libertad en el Chile latifundista, como hoy a las organizaciones sociales, y la dictadura fue un enemigo enconado de cualquiera organización no controlada desde el estado o la empresa, y el afuerino que vendía su fuerza de trabajo ese campo en campo y menos aún quien se sindicalizaba a principios del siglo XX en la empresa capitalista, es el enemigo por antonomasia; según Weber el trabajo capitalista debe ser libre y crítico, con ejemplo como las obras de los autores de la década del diez del siglo XX, ello se preocuparon muy poco, estaban muy lejos de afirmar libertad en la opción productiva; parece ser que la prosa modernista idealiza al campesino pero siempre sumido en un orden latifundista, aunque su trabajo no se precisamente en el campo, los no apatronados; deben haber sido el gran peligro para el latifundio, ellos expreso en el fuerte castigo al

vagabundaje en el código de justicia elaborado por Andrés Bello y la equivalencia aún actual entre abigeato y un crimen de asesinato, y ello opera aún hoy.

El orden Patriarcal latifundista necesitaba de la absoluta protección de la propiedad rural, ello se proyecta hoy al orden mercantil, no se trata de humanismo animalista, se trata de una necesidad de los patrones de nuestros abuelos⁶. Al hablar de un maestro de la fragua a quien estima sobre manera (no sabemos si es su creación o se trata de un apersona que existió en la realidad), él aprueba que el trabajo en un fundo con un patrón tiene mucho más sentido estético y moral, que el vagabundaje que significa para el individuo ser fuerza de trabajo libre y deliberantes, por ello el sueño de ese maestro es unir a sus hijos en un trabajo para que vuelvan a vivir la vida que él vivió, en el fundo obviamente:

Los tres hijos se pusieron en tones a la obra. Encendieron la fragua y comenzaron ardorosamente a unir las varas para formar la cruz. Durante un mes resonó todo el barranco del río con los martillazos de los fuertes y robustos herederos del maestro Tintín. Por fin, quedó la cruz concluida y los tres marcharon a la tarde hasta el cementerio parroquial, donde la clavaron respetuosamente y rezaron con las cabezas descubiertas. A la vuelta los esperaba humeante la olla sobre el fuego; y la hermanita soplaban los tizones con la faz aún encendida y llorosa.

Los hermanos se miraron y quedaron pensativos un instante. Por fin, el mayor dijo:

Yo creo haber entendido la última voluntad de mi padre. Tanto daba poner en su tumba una cruz de palo como una cruz de piedra. Pero él quiso que la hicéramos nosotros, de fierro, para que nos acostumbráramos a su oficio y le tomáramos cariño a la fragua... Yo no corro más tierras; he aprendido ya a golpear el fierro y me quedo aquí de herrero...

El segundo exclamó: Yo he aprendido a caldear la fragua... Te acompañó.

Y agregó el tercero: Yo también me quedo. Y se quedaron los tres. Y es fama que los golpes de su yunque sonaban diez veces más que los del herrero nuevo, porque el maestro Tin-tin, rejuvenecido ya en la otra vida, ponía toda su fuerza en los brazos de sus tres hijos. Un día pasamos en coche por el barranco del río. El señor cura asomando la cabeza por la ventanilla hizo un saludo cariñoso a los tres robustos herreros, y sonriendo, nos dijo: -Esos son los sucesores del maestro Tin-tin. (Díaz Garcés, 1907, 114).

⁶ Este viernes, a partir de las 13:00 horas se conocerá el veredicto tras la condena de un hombre residente de la comuna de La Unión, quien fue declarado culpable de abigeato. <https://tinyurl.com/yz8b3p3p>

3. CONCLUSIONES

Para que un tipo ideal se sitúe en el sentido común, no basta con una racionalización, más bien se requiere de todo lo contrario, un recuso estético una inversa manera donde es más el poeta que el escritor científico el que actúa y ello incide en la aproximación a los espacios, a los territorios y a los estilos de vida; un tipo ideal es ante todo una construcción necesaria para la interoperación científica, pero también para la comunicación intercultural. Raúl Zurita ha hablado de los poetas héroes como los vates del siglo XX a la manera de un Neruda, pero también es un proceso imprescindible que desde la atracción posibilita la inteligibilidad. Un tipo ideal es una categoría que permite comprender el mundo, permite la comunicación, pero no es el mundo, por ello el recurso estético resulta indispensable, el cual, como hemos visto en este artículo incide directamente en la generación de tipos humanos en la conciencia colectiva y en el modo en que estos se apropiarían de espacios y geografías.

Díaz Garcés generó personajes, para él reales o ficticios desde un naturalismo propio de su específica transculturación literaria, que intentaban configurar una visión de la sociedad donde el sujeto popular es alguien que está en el lugar que le corresponde ubicado en un territorio siempre en específico y poco transformable, y su jocosidad o su maldad son parte de ese espacio, donde los dueños de la tierra son aún los dueños del poder casi total.

Cuando no es posible apoderarse de la totalidad del deseo del otro para así dominarlo, florecen: el alcohol, la droga, la escuela, los vidrios luminosos, o, si todo aquello fracasa aparece el arma de fuego. Aunque no lo registremos son inseparables estos recursos, y en muchos casos ferozmente simultáneos; dispositivos eficientes y sádicamente legitimados para contener, invisibilizar y generar plusvalor. Se constituyen en dimensiones del engranaje histórico que *dan sentido* desde el etnocentrismo occidental, ello para dar cuenta de la mente del otro u otra y de sus modos de habitar (Alvarado y Chávez, 2013).

La historia de la dominación en contextos coloniales, y sin duda en América Latina, es la historia de unos lugares físicos y mentales donde se ha recurrido a múltiples maneras de dislocación simbólica y de sometimiento físico, para apropiarse de territorios, historias, narraciones y goces.

Como en el proceso de *homerización* de Platón al que se refiere José Lezama Lima(1977), el surgimiento y consolidación de la racionalidad moderna en estas costas sudamericanas, ha necesitado del concepto de ciencia muy unido al de literatura para dar cuenta de los territorios y de los estilos de vida, aunque se intente desesperadamente su diferenciación, como una base sobre la cual ubicar las distintas comprensiones paradigmáticas que han influido a su vez en distintos procesos políticos; podemos decir que en América Latina múltiples estilos de comprensión han definido la interpretación y la práctica social por parte de la élite.

Se encuentran aún en signos de interrogación las fuentes culturales, estilos de vida, sensibilidades y sensualidades, que nos han permitido la reinterpretación de estos *modelos culturales exógenos*, en tanto desconocemos los elementos culturales que han confluído en la manera como se reinterpreta un modelo cultural o científico en el contexto específico de nuestra Latinoamérica: como dijo Darío: *la que aún reza a Jesucristo y habla las lenguas peninsulares y romances*⁷. Díaz Garcés era de esa estirpe que intentaba ser modernos pero que en su naturalismo intentó ser objetivo, sin mucha conciencia de los prejuicios de clase que le eran inevitables y su ubicación en un espacio urbano y mesocrático.

En este artículo hemos intentado identificar una dimensión de las fuentes de aquellas categorías estético literarias que nos han permitido reconocer nuestro entorno sociocultural y territorial durante los últimos dos siglos y que, asociadas a distintas posiciones epistemológicas, ya sea desde la suposición de la identidad entre la estructura y el valor o desde un culturalismo que supone una ruptura entre ethos y logos, han nutrido la comprensión científico-social latinoamericana de elementos significativos de su escenario cultural y físico, en este caso desde una fuente artística, toma de la estética y especialmente de la literatura, para definir prácticas sociales que han estado íntimamente relacionadas con el problema del poder en nuestro en la percepción del sujeto popular desde la idea de chusma, sujeto de redención a pueblo actor de su liberación.

⁷ A Roosevelt. <https://tinyurl.com/yhtajwzk>

La articulación de sentido en la obra de Joaquín Díaz Garcés se manifiesta a través de un sistema de clasificación de los seres humanos y sus estilos de vida en relación con la apropiación de los territorios. Esta clasificación no busca necesariamente reflejar lo real en su totalidad, sino que responde a una lógica de representación que opera mediante la construcción de tipos humanos, en el sentido weberiano, y su posterior subdivisión en función de atributos específicos. Estos atributos, ya sea desde una perspectiva negativa como en la figura del *salvaje* o desde una mirada idealizada como en el *buen salvaje* configuran lo que Max Weber denomina tipos ideales.

Díaz Garcés construyó estos arquetipos platónicos, asignándoles territorios igualmente arquetípicos. Ejemplos de estas figuras se encuentran en personajes como el campesino, el excéntrico, el roto malintencionado, el peón o el servidor leal. Desde plataformas como la revista Zig-Zag o el diario El Mercurio, estos tipos ideales fueron difundidos y legitimados, contribuyendo a una lectura social de la diversidad profundamente anclada en los espacios que habitaban. De este modo, la desigualdad estructural de la sociedad era interpretada no a partir de sujetos concretos, sino a través de arquetipos que condicionaban las relaciones sociales.

Surge, entonces, una pregunta ineludible: ¿en qué categoría habría encasillado Díaz Garcés a las víctimas de la matanza de la Escuela Santa María de Iquique, en medio de su condición de explotación y de un paisaje desértico y hostil?

FINANCIAMIENTO

Este artículo se inserta en un proyecto de investigación de la Universidad del Bío Bío sobre el Uso de la metodología cualitativa y la potencial utilidad del análisis de discurso en el procesamiento de la data que de ella procede (Programa PIDA-UBB/Ministerio de educación código DU2471609). Proyecto 2024-2026. USO DEL ANÁLISIS DE DISCURSO COMO METODOLOGÍA INNOVADORA PARA EL PROCESAMIENTO DE DATA CUALITATIVA EN CIENCIAS SOCIALES. Concurso Proyectos de Investigación en Docencia y Aprendizaje Regular. PIDA Universidad del Bío Bío. Proyecto N° 1203.

4. REFERENCIAS

- Alvarado Borgoño, M. Alvarado Chávez, M. (2013). *De reforma y exterminio: apuntes sobre identidad mapuche, aculturación y educación en Chile*. Diálogos educativos, Nº. 23, 20
- Alvarado Borgoño, Miguel. *La estrategia narrativa de una utopía abierta. La obra 'Facundo' de Faustino Sarmiento*. Sincronía Primavera 2000. <http://sincronia.cucsh.udg.mx/borgono.htm>
- Díaz Garcés, Joaquín (1877-1921) *Adiciones y notas de Juan Antonio Massone*. Cuadernos de la Academia Chilena De la Lengua 2004
- Díaz Garcés. (1907). *Páginas Chilenas. Colección de Artículos, narraciones y cuentos*. Santiago: Imprenta Zig Zag.
- Hinkelammert, Franz. (2008). *Crítica de la razón mítica*. Costa Rica: Editorial Arlekin
- Joaquín Diaz Garcés. (1969). *Obras escogidas*. Edición al cuidado de Rail Silva Castro. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Lezama Lima, José. (1975) *Obras completas*, introd. Cintio Vitier, México: Aguiar.
- Lukács, Georg.(1987). *El asalto a la razón*. Barcelona: Grijalbo.
- Mignolo, Walter. (1986). *Teoría del texto e interpretación de textos*. México: Editorial UNAM.
- Morandé Pedro. (1986). *Cultura y modernización en América Latina*. Santiago: Ediciones PUC.